



Oscar Murillo, *Dinner at the members club? Yes! I'll have a black americano first pls*, 2013, vista de instalación, Carlos Ishikawa, Londres, cortesía de Carlos / Ishikawa, Londres

Vita-Coco y Chorizo

Oscar Roldán-Alzate

The Beatles, James Bond, Demian Hirst, The Clash, Spice Girls, Mr. Bean, Rolling Stones, David Beckham, Lucian Freud, Coldplay, Harry Potter, Amy Winehouse, Adele y, más recientemente, Susan Boyle, una mujer con una voz sin igual que sorprendió en un programa concurso de talentos, forman parte de una interminable lista que integran el ejército de celebridades de la Bretaña insular que, de una u otra manera, han tenido que ver con nosotros aquí en Colombia, a miles de kilómetros de distancia.

Otro de estos nombres rimbombantes del resplandor cultural del Reino Unido y, quizá con mayores matices, aunque menos familiar entre los jóvenes, es Simon Templar, mejor conocido, por la fortuita contracción de sus nombres de pila: ST, con el apodo de *El Santo*. Esta figura, creada en la saga policial del británico Leslie Charteris, escrita entre 1928 y 1936, y llevada con éxito mundial a la televisión en la década de los años sesen-

ta, y luego al cine, en 1997, es, paradójica e involuntariamente, la responsable de que hoy Colombia resuene desde Londres para el mundo entero.

En la célebre serie de televisión, Simon Templar, representado por Roger Moore —recordado además por ser el segundo de los intérpretes del agente 007 y uno de los preferidos por el público amante de la saga cinematográfica—, solía terminar las faenas dejando su “sello personal” en la escena del crimen: una pequeña pieza metálica, una figura antropoide esquemática, con una corona circular que aludía a su misticismo. Al cierre de cada emisión, la cámara enfocaba súbitamente el piso para dejar ver la figurita, indicio de la presencia de *El Santo*. El fondo, una ciudad de brumas, capas grises y noches lentas, con taxis negros muy elegantes y buses de dos pisos de color rojo circulando de lado a lado del Támesis conformaban el escenario de cada capítulo de esta serie de peripecias de este ladrón benévolo que, con su

humor inglés y su sagacidad quirúrgica, captaba seguidores por doquier.

En Colombia, como en muchos lugares del mundo, la serie se emitió con bastante éxito en los ochenta, momento justo cuando comienza una de las historias más fascinantes de la cultura contemporánea que enlaza necesariamente a Colombia con el Reino Unido y, específicamente, a La Paila, un pueblito próspero del Valle del Cauca, con Londres. Belisario Caicedo, un hombre férreo, de origen campesino, con sonrisa sabia, espíritu alegre y horizonte sin fin, quien trabajó como obrero para el ingenio azucarero *Riopaila*, se regocijaba imaginándose en esa ciudad, en la Londres distante que conoció muy bien a través de los ojos de El Santo.

En el año 1996, en medio de una de las crisis sociales y económicas más complejas de Colombia en los últimos tiempos, Belisario fue despedido de su trabajo. Sin mucho más que su enorme optimismo cifrado en su joven familia compuesta por su esposa, su pequeña niña Zaira, y Oscar, su hijo mayor con tan solo diez años, el señor Caicedo decide probar suerte y, sin vacilar, se manda a la aventura del migrar, una suerte como todas: propia solo para temerarios. Su esposa, una mujer valiente de carácter recio, quien también laboraba en el sector azucarero como casi todos en el pueblo, le ayudó solicitando un préstamo en su empresa, *Colombina*, para que él lograra comprar su tiquete y llegar a la isla grande de Su Majestad La Reina. En ese entonces, los colombianos no teníamos imposición de visado para ingresar en el territorio británico, así que con un argumento sólido, don Belisario cruzó el Atlántico y se refugió como asilado. Rápidamente consiguió empleo para trabajar en la limpieza

de una compañía; a los cuatro meses de haber llegado, lo hizo su familia. Y así fueron emigrando amigos y familiares de La Paila; fue como un éxodo del pueblo. Hoy son aproximadamente doscientos individuos de La Paila en Londres; más o menos cincuenta son del núcleo familiar de don Belisario, y todos son amigos, cosa que tienen presente en cada celebración: nacimientos, cumpleaños, primeras comuniones, matrimonios, días festivos, logros personales, fiestas patronales, navidades, fines de año, momentos clave que recuerdan, incluso a los natos, a los londinenses de La Paila, su origen. Desde allá, algunos sueñan con volver, otros simplemente con crecer; aun así, todos y cada uno tiene grabado, más que cualquier colombiano, el sentido de esta geografía gracias a la endogamia productiva de sus rituales, magnificados en cada encuentro para gozar alrededor del baile de champeta, del bingo, del partido de fútbol, del momento de romper la piñata o, por qué no, alrededor del duelo cuando el infortunio se presenta.

Tal como opera un “aislado genético”, la gran familia de La Paila en Londres ha conformado una comunidad signada por una cultura viva, exacerbada y, necesariamente, mutante debido a muchos factores, pero, principalmente, a la distancia de su lugar-nación primigenio; aquí, obviamente, se evidencian claras diferencias frente al contexto que los contiene, y que, con el tiempo, se podrá ir viendo cada vez más lejano de su referencia de origen, ya que la interpretación libre que dan de sus tradiciones, al actualizar cada acto, innegablemente terminará por apartar el presente futuro de su anhelado e idealizado pasado. Zygmunt Bauman, hablando sobre la identidad como rasgo distintivo de una comunidad, diría que es más un



Oscar Murillo, *If I was to draw a line, this journey started approximately 400 km north of the equator*, 2013, vista de instalación, South London Gallery, Londres, cortesía de South London Gallery, foto: Mark Blower

proceso que una diferencia sustancial de un grupo social con otro. La Paila de Londres, aunque no se suscribe a un territorio único, ni se podría encasillar en un gueto, ya no es más La Paila del Valle del Cauca, ni tampoco, al menos en sus celebraciones multitudinarias, la Londres de El Santo; por el contrario, es una experiencia viva, dinámica, cambiante y fascinante que sólo puede ser vivida por quien se aventure y pueda entrar en ella.

Algo, o mucho de La Paila, está permeando la sociedad londinense. Estas prácticas las están viendo, escuchando y viviendo otros migrantes y otros habitantes de la ciudad que han acogido desde el principio este éxodo prolijo de una comunidad ampliada que no pierde sus propiedades, pues, como lo dice Bauman, “si ha de existir una comunidad en un mundo de individuos, sólo puede ser (y tiene que ser) una comunidad entretejida a partir del compartir y del cuidado mutuo, una comunidad que atiende y se

responsabilice de la igualdad del derecho a ser humanos y de la igualdad de posibilidades para ejercer ese derecho”.¹

Oscar, el pequeño del que hablamos anteriormente, quien llegó de diez años con su familia, la Caicedo Murillo, a la ciudad de la puntualidad, cuando su padre se vio abocado al exilio, al parecer estaba destinado a grandes cosas desde donde fuera que se encontrara. Aunque es necesario aclarar que verse y, sobre todo, entenderse en un ámbito migrante ha sido determinante a sus actuales veintiocho años de edad. El azar parece ser el mejor amigo de su destino y por ende de su devenir profesional. Desde hace algún tiempo, cuando tuvo que presentarse al mundo de las artes, donde se mueve como pez en el agua, ha optado por hacer un homenaje a su madre y usar su apellido. El mundo lo ha conocido abiertamente como Oscar Murillo, y desde Londres hace sonar metafóricamente los tambores fuertes de una nación que es claramente suya, pues como

sólo lo logran concretar los artistas, Murillo ha conseguido erigir un mundo singular, resultado de una nueva latitud, emergente de la junta de dos mundos propios y extraños a la vez, lo que hace que su ritmo suene con una cadencia deseosa y de clara contestación sobre los aconteceres sociales de la vida que se construye desde abajo, justo en la base de la pirámide, en el centro del imperio de imperios: Londres.

Desde hace unos dos años, Colombia resuena fuerte desde Londres gracias a Oscar Murillo, quien tranquilamente pudo hacer parte o haber precedido el listado del ejército de celebridades británicas con el que inicié este texto, debido a su propositivo trabajo plástico que se vale de todo lo hasta ahora expuesto y, técnicamente, va desde la performance, pasando por el happening, la escultura, la instalación, el dibujo y la pintura, hasta el video, para cuestionar profunda, pero delicadamente, los vaivenes de la economía global, la misma condición del mercado del arte, desde su naturaleza especulativa constante; en suma, es un trabajo contundente que se vale de los medios contemporáneos y de la bondad emancipadora de la pintura más tradicional para mezclarlos con vocablos latinos o sajones de alta circulación mundial como es la ya popularizada Yoga; la novedosa, y al parecer regeneradora, agua de coco, Vita-Coco muy demandada en el primer mundo; o, en la tradición básica de los pueblos latinoamericanos, el Chorizo, la yuca o el Maíz: conceptos, o simplemente ideas, además del uso reiterado de “números naturales” que aluden a la esquiva suerte de la lotería y del bingo, muy afín a las afugias y necesidades propias de la escasez que aparecen sistemáticamente sobre la superficie de sus pinturas y dibujos, las mismas que han acumulado la mugre que entra de diversas maneras a su

estudio para salir convertida en esplendorosas piezas de arte que hoy, y como si se lo hubiera propuesto en su gramática estructural, como si el éxito económico fuera un componente más de su obra (como pueden serlo el óleo o la tela), están siendo colgadas en las colecciones más notables alrededor del mundo.

Oscar Murillo estudió pintura en el Royal College of Art en Londres. Para entender su trabajo, sólo basta con tratar de incorporarnos en la dinámica de un mundo que hoy se mueve sin lógica alguna, con mercados cruzados y comunidades vulnerables que se activan o se apagan al parpadeo de los caprichos del poder. Él está en Londres; sin embargo, su país natal, idealizado en su proceso creativo, sigue copando su interés y se consolida como un lugar fundamental en su discurso. Algo que resulta fascinante es que su obra narra una relación con un contexto propio y simultáneamente ajeno, asunto sólo posible en el extraño universo de las artes.

Referencia

- 1 Bauman, Z. (2003). *Comunidad: En busca de seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Ed. Siglo XXI, p. 175.

Oscar Roldán-Alzate es maestro en Artes Plásticas y magíster en Ciencias Políticas de la Universidad de Antioquia. Entre el 2008 y 2014 trabajó como curador jefe del Museo de Arte Moderno de Medellín. Actualmente dirige el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia y es asesor de distintos organismos culturales y educativos en el país y en Latinoamérica, como el CNMH, el Museo La Tertulia, CIFO, Fundación MISOL, abstractioninaction.com, entre otros. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.